

LA TRAMPA DEL MOMENTO ELECTORAL

De momentos electorales ya tenemos mucha experiencia los venezolanos. Recién acabamos de protagonizar uno que nos demanda serias y profundas reflexiones. A modo de aprendizaje, los venezolanos no debemos caer en la trampa que parecieran tendernos estos particulares episodios.

Cuando ellos llegan, algunos líderes políticos pretenden absolutizar el hecho de ir a marcar en el tarjetón la opción de nuestra preferencia. Pareciera que el éxito o el fracaso del país dependiera de ese sencillo acto. No se le resta importancia. Por el contrario, se invita a participar, a derrotar el espíritu abstencionista, a votar cuantas veces sea necesario. El sufragio es importante, es un derecho y es un deber. Sin embargo, pretender absolutizar este acto es una trampa que estresa, que angustia, que saca al sujeto de sí y que además aumenta la polarización, la división, el sectarismo entre los venezolanos.

Lo que nos hace personas, lo que nos define como sujetos, lo que tiene mayor peso en el devenir histórico no es exclusivamente el ejercicio concreto del voto, es nuestra práctica cotidiana y el cumplimiento de nuestros deberes, es el tipo de relación que establezco con los otros, son nuestras buenas obras.

El éxito o el fracaso de este país sí depende, en gran medida, de nuestro comportamiento

diario, del nivel de compromiso que asumamos con los más necesitados, de la actitud que asumimos frente a las injusticias y frente a la paz, de la capacidad de diálogo y de nuestra disposición a negociar con el que piensa distinto, léase bien, con el que piensa distinto, no con el que me aplaude y adula. Ahí difícilmente quepa el término negociación.

Pero esa negociación difícilmente sea posible, viable, si previamente no se han dado unos procesos reflexivos indispensables que nos permitan salir de nuestro ensimismamiento. ¿De dónde viene la pobreza? ¿Ella es producto de una *cuerda de vagos que no han querido trabajar* o de un sistema, unos mecanismos y unas maneras injustas de concebir el mundo, donde solo algunos han tenido *chance* y otros no? ¿Qué ha provocado el contexto de violencia e inseguridad en el que vivimos? ¿Por qué estamos viviendo la violencia escolar o una crisis penitenciaria? ¿Cómo asumo hoy la ley? ¿Qué me dicen las normas de convivencia? ¿Cómo asumo la ayuda que me proporciona el Estado por mi condición de *más necesitado*? ¿Acaso como una oportunidad para crecer o más bien como una *teta* de la que obtengo recursos sin mayores esfuerzos? ¿Me como la luz del semáforo? ¿Hago la cola para tomar el *yip* e ir a mi barrio? ¿En mi comunidad intento hacer cosas por el bienestar de la gente o, por el contrario, me encierro en casa con los míos y con mis miedos, perdiendo la oportunidad de vivir una vida compartida?

A estas preguntas hay que buscarles respuestas, respuestas que nos ayudarán a ver más claramente que todo no se resuelve con elegir la opción correcta en un proceso electoral; que la cosa es más compleja y que depende de muchos factores.

Ciertamente, es imperativo el ejercicio del voto. Y hay que hacerlo con confianza, sin te-

mor a equivocaciones, pues, a fin de cuenta, el voto es, entre otras cosas, una manifestación de confianza en el líder, confianza que puede ser respetada, valorada y honrada, o que puede ser ignorada, burlada y tirada a la basura. Pero serán nuestras acciones cotidianas las que harán posible una realidad distinta, una realidad más justa, más fraterna, donde cada persona sea sujeto de su propia historia y donde cada uno, desde su ser auténtico y en compañía de los otros, pueda construir verdaderas comunidades.

¿ENDIOSAMIENTO DE CHÁVEZ?

Con apenas un mes de fallecido, no era poco lo que se había visto en cuanto a un intento de *endiosar* la figura del presidente Hugo Chávez. Desde el mismo momento de su fallecimiento se comenzaron a escuchar adjetivos y expresiones, y a ver manifestaciones que asomaban lo que podría venir en este sentido. En un contexto de tristeza y de dolor muy inmediato, expresiones como *Chávez, redentor de los pobres* o *La resurrección de Chávez* pueden entenderse. Pero pasadas las semanas y activada nuevamente la lucha electoral por la presidencia de la República, estas manifestaciones y expresiones adquieren otro valor y significación que van demandando atención.

De ahí que, ante los primeros indicios, la revista *SIC* llamara la atención sobre este asunto en la portada y en la sección *País Político* del número anterior, sin ánimo, entonces, de señalarlo como un hecho, sino más bien como una posibilidad que debía evitarse.

No obstante, la posibilidad de ese endiosamiento, en vez de mermar, parece proliferar paulatinamente. Una capilla en el 23 de Enero donde la imagen de Chávez y la de Jesús de Nazareth son colocadas al mismo nivel y se les ilumina igual a ambas, un busto de yeso que ya puede conseguirse en algunas tiendas santeras, colocación de la imagen de Chávez en los altares no para pedirle a Dios

por su alma sino para pedirle a Chávez conceda uno u otro favor, y rosarios con la imagen del fallecido presidente son algunos de los signos que levantan alarmas.

El presidente Chávez llevó adelante tareas que le dan un peso específico dentro de la historia de este país. Su discurso primigenio, su verbo, su carisma y su manera de ser marcaron la cotidianidad venezolana. Puso en el tapete el tema de la pobreza, resaltando a los pobres y sus modos de vida, haciéndolos sentir reivindicados; impulsó la integración latinoamericana y denunció los daños que el sistema económico dominante estaba generando sobre el ecosistema. De ahí que se pueda y deba hacer memoria de su gestión (cuestionada y ensalzada por millones de personas), pero pasar a la rendición de culto: encenderle velas, pedirle favores, hacer ritos en su nombre y proporcionarle una condición de ser omnipresente y omnipotente es excederse en la valoración de una gesta que tiene en su haber elementos muy positivos y prácticas muy lamentables.

PAPA FRANCISCO CAUTIVA

Por decir lo menos, las impresiones que ha ido causando el papa Francisco, en los primeros días de su pontificado, han sido muy favorables para él y para la Iglesia católica, lo que resulta importante y muy necesario para el inicio de este papado, particularmente en el complejo momento que atraviesa la Iglesia actualmente.

Un cúmulo de gestos ha agradado a muchos fieles y ha captado la atención de los medios de comunicación social: no lucir los atuendos tradicionales, haber escogido el nombre de Francisco, pedir primero ser bendecido por el pueblo para luego él poder bendecirlo, pagar personalmente la cuenta de la residencia donde se hospedó antes de la realización del cón-

clave donde resultó electo Papa; viajar, tras su elección como pontífice, en el mismo autobús donde viajaron todos sus compañeros obispos y no en el vehículo oficial que le correspondía; seguir usando sus zapatos viejos y no los rojos papales; ofrecer una misa especial por los encargados de la limpieza y los jardineros que trabajan en el Vaticano y sentarse con ellos a orar un rato tras la celebración, enfatizar una y otra vez la opción preferencial de la Iglesia por los pobres.

Aunque son gestos nada extraordinarios que, más bien, deberían caracterizar el quehacer cotidiano del Vicario de Cristo, han causado interés, quizás por su ausencia prolongada y/o su añorada presencia en los tiempos que corren. Las esperanzas están puestas en que ese carisma y ese aire renovador que trae el papa Francisco arrope la institucionalidad católica toda.